



JOHN MAN

ATILA

EL REY BÁRBARO QUE DESAFIÓ A ROMA

Durante veinte cruciales años a comienzos del siglo V, Atila tuvo el destino del imperio romano y el futuro de toda Europa en sus manos. El decadente imperio, que dominaba el mundo occidental desde su doble capital de Roma y Constantinopla, estaba amenazado por tribus bárbaras del este. Fue Atila quien creó el mayor ejército bárbaro. Su imperio rivalizó brevemente con el de Roma, extendiéndose desde el Rin hasta el Mar Negro, del Báltico a los Balcanes. En numerosas incursiones y tres grandes campañas contra el imperio romano, se ganó una inmediata e imperecedera reputación de crueldad. Pero en él había algo más que mera barbarie. El poder de Atila procedía de su asombroso carácter. Era caprichoso, arrogante y brutal, aunque también lo bastante brillante como para ganarse la lealtad de millones de individuos. Los hunos lo consideraban semidivino, los godos y otros bárbaros lo adoraban, occidentales cultos estaban orgullosos de servirle. Atila también fue un astuto político. Desde su base en los prados húngaros, enviaba secretarios latinos y griegos para chantajear al imperio. Al igual que otros déspotas, antes y después, dependió del respaldo financiero extranjero, y supo aprovecharse de las debilidades de sus amigos y enemigos. Con esta mezcla única de cualidades, Atila casi llegó a dictar el futuro de Europa. Al final, sus ambiciones acabaron con él. La insensata petición de la mano de una princesa romana y ataques en el interior de Francia e Italia lo condujeron a una muerte repentina en los brazos de una nueva esposa. No fue suficiente para fundar un imperio duradero, pero sí para empujar a Roma hacia su caída final.

ATILA, EL REY BÁRBARO QUE DESAFIÓ A ROMA

John Man

Para ATS

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a Todd Delle, Arizona; a Borsó Béla, Iona y Dori, Szár; a Yuliy Drobyshev, Institute of Oriental Studies e Institute for Problems of Ecology and Evolution, Moscú; a Petra Engeländer, Seeburg, Berlín; a Gelegdorj Eregzen, National Museum of Mongolian History, Ulan Bator; a Peter Heather, Worcester College, Oxford; a Barry Groves, experto en arqueología; a Kassai Lajos, Kaposmérő, Kaposvár; a Kurti Bela, Szeged; a Tserendorj Odbaatar, National Museum of Mongolian History, Ulan Bator; a Szegedi Andrea, por su excelente labor como chófer e intérprete; a Dr Peter Stadler, Naturhistorisches Museum, Viena; a Graham Taylor, Karakorum Expeditions, Ulan Bator; a Peter Tomka, Xántus János Múzeum, Győr; a Karin Wiltschke, Naturhistorisches Museum, Viena; a Doug Young, Simón Thorogood y sus colegas de Transworld; y, como siempre, a Felicity Bryan.

INTRODUCCIÓN

UNA BESTIA, ACORRALADA

Es el ogro de la Historia, «el Azote de Dios», un símbolo de brutal poder destructivo, un tópico de la extrema derecha. Más allá de eso, únicamente lo conocen quienes estudian el hundimiento del imperio romano en el siglo v. Incluso para ellos apenas es algo más que un depredador, el más feroz de entre los muchos bárbaros que desgarraron la carne del imperio en su agonía mortal.

Pero hay mucho más en la figura de Atila aparte del estereotipo de la barbarie. Ésta es la historia de un hombre de asombrosa ambición, que desplegó fuerzas como nunca antes se habían visto. Con su ejército huno de jinetes guerreros, reforzado por una decena de tribus aliadas y contingentes de máquinas de asedio, durante un tiempo fue el Gengis Khan de Europa. Desde su base en lo que hoy es Hungría, creó un imperio que se extendía desde el Báltico a los Balcanes, desde el Rin hasta el mar Negro. Atacó en profundidad al imperio romano, amenazando sus mismas raíces. Los guerreros hunos que hace tiempo habían atravesado los Balcanes en su camino a Constantinopla después pudieron hacer que sus caballos abrevaran en el Loira, en el corazón de la Galia romana a tres días de galope desde el Atlántico, y luego al año siguiente se bañaran en el Po, en una campaña que podría haberles conducido hasta la propia Roma. Constantinopla y Roma no cayeron, pero los logros de Atila aseguraron que su nombre perviviera, y pervive hoy en día, no sólo como el supremo bárbaro, sino como un héroe.

Éste es mi intento de explicar el ascenso de Atila, su breve momento de gloria, su súbita extinción, y por qué su presencia es tan perdurable.

* * *

Lleva tiempo elaborar una imagen completa, pues subió y actuó en varios mundos, todos interrelacionados de forma complicada.

El primer mundo fue aquel del cual surgió una forma de vida que dominó gran parte de Asia durante 2000 años. Era la forma de los pastores nómadas, o nómadas pastorales, para darles su nombre formal; en concreto su aspecto militar, el arquero a caballo. Desde China a Europa, las culturas de fuera de la zona de influencia eurasiática corrían el peligro de sufrir una repentina invasión de este pueblo con aspecto de centauros, capaces de disparar con extraordinaria potencia y precisión mientras cabalgaban a galope tendido. Este libro es en parte un retrato de su manifestación más devastadora antes del ascenso de los mongoles 800 años más tarde.

Pero los hunos de Atila no eran los nómadas pastorales —los arqueros montados— que antaño habían sido sus antepasados. En la época en que fueron conocidos en Occidente, ya eran víctimas de su propio éxito. La mayoría de las invasiones nómadas eran autorrestrictivas, porque los nómadas pastorales, cuando estaban migrando o en guerra, no podían crear al mismo tiempo la maquinaria militar que necesitaban para extender sus improvisados imperios o construir la necesaria infraestructura administrativa y las técnicas para gobernar las tierras que conquistaban. Sucedió en China, y también en Occidente: para los nómadas, la consecuencia de la conquista era o bien la estabilidad y una vida más fácil, o la retirada y la dispersión.

Igual ocurrió con los hunos. Arrasaron como un maremoto desde el verde océano de las praderas de Asia hasta

la planicie húngara, y rompieron contra las rocas de varios otros mundos de bosques y ciudades: Roma; su hermana oriental, Constantinopla; y una decena de otras tribus, todas ellas maniobrando entre alianzas y rivalidades. Los hunos eran los nuevos matones del barrio, y durante un tiempo actuaron como fanfarrones en su camino al poder. Pero como muchos grupos nómadas antes que ellos, cada vez se hallaban más atrapados en una contradicción, viviendo a costa de pueblos asentados, agrícolas, pero mordiendo, de hecho destruyendo, las manos que les alimentaban.

El dilema al que se enfrentó Atila es un tema recurrente a lo largo de este libro. Fue el conductor de un pueblo en la cúspide del cambio. Sus abuelos habían sido nómadas pastorales; ellos mismos no eran ni una cosa ni otra: en parte nómadas, en parte sedentarios, incapaces de volver una vez que habían venido, incapaces de mantener su antigua forma de vida. Sus hijos se enfrentaron a una dura elección: convertirse en socios de, o conquistadores de, la mayor potencia militar jamás conocida —Roma— o perecer.

Su problema era encontrar un lugar para los hunos en el mundo del decadente imperio romano. A no ser que recrease por completo la cultura de su pueblo, se portase bien, construyese ciudades y se uniese al mundo occidental, su imperio nunca estaría a salvo de la amenaza de la guerra y la posible derrota. Eso es lo que sus sucesores, los húngaros, hicieron casi 500 años más tarde. Fue más fácil para ellos, porque por entonces Europa se había normalizado un poco; pero incluso así tardaron un siglo. Atila no era el gobernante para realizar semejantes cambios. Él era, en definitiva, más un señor feudal que vive del saqueo que un constructor de imperios.

Por tanto se le recuerda como nuestra peor pesadilla, únicamente comparable en la memoria popular a Gengis Khan. En realidad, para los europeos Atila es con diferencia el peor de los dos: Gengis nunca llegó hasta Europa, aunque sí sus herederos, e incluso ellos el punto más occiden-

tal al que llegaron fue la patria de Atila; Atila condujo sus ejércitos hasta dos tercios del interior de Francia y bastante dentro de Italia. Sin duda fue un destructor, pero no exclusivamente eso: muchos dirigentes de muchas épocas se han convertido en señores del robo y asesinos. Aún hoy siguen apareciendo, un Idi Amín aquí, un Sadam allí. Sus impulsos homicidas constantemente amenazan con romper nuestros civilizados frenos, como ocurrió en la Alemania nazi, en Ruanda, en los Balcanes; y, en menor medida, en Vietnam o Irlanda del Norte, en cualquier lugar en el que el odio hacia un temido o despreciado «otro» se torna dominante. Este odio criminal es la fuerza ejemplificada por Atila en nuestras mentes. Es nuestro propio lado oscuro, el monstruo, *Mr. Hyde*, el Grendel del *Beowulf* esperando para emerger del pantano de nuestro inconsciente y destruirnos a todos. Éste es el prejuicio expresado por los escritores cristianos que dejaron constancia del ataque de Atila a su mundo, y el prejuicio que desde entonces la mayoría de nosotros voluntariamente adoptamos.

Afortunadamente, existe un impulso humano equivalente y opuesto: el deseo de paz, estabilidad y reconciliación. Atila también tenía esta necesidad, empleando secretarios para intercambiar cartas en griego y en latín, enviando y recibiendo embajadores en abundancia. Los hunos no tenían tradición de diplomacia, sin embargo Atila podía jugar a la paz y a la política tan bien como a la guerra.

Así pues, a medida que se encienden las luces, las sombras se desvanecen, y con ellas las preconcepciones. No es un ogro. De hecho, para los húngaros es un héroe. Todos los húngaros saben que su nación fue fundada por Arpad, quien condujo a su pueblo magiar a través de los Cárpatos en 896. El acontecimiento se celebra en todo libro de texto de historia húngaro. Sin embargo, en lo hondo de la psique húngara ronda la sagaz sospecha de que Árpád únicamente estaba reclamando tierra jalonada 450 años antes por Atila. Éste es el mito fundacional, tal como se narra en la

más impresionante de las crónicas medievales húngaras. Hasta hace poco, las historias de Hungría reproducían de forma rutinaria un árbol genealógico pseudobíblico, según el cual Atila engendró cuatro generaciones de descendientes, el último de los cuales engendró a Árpád —incluso aunque esta genealogía requiere que cada progenitor hubiera producido a su heredero a los cien años de edad—. En su fuero interno, los húngaros sienten que Atila era húngaro en el fondo, y le honran por eso. Atila —en Hungría el acento se pone en la primera sílaba, que se redondea hasta que casi es una O, Otila— es un nombre de chico muy común. El más famoso poeta de la nación del siglo pasado fue Attila József (1905 – 1937) o, más bien, József Atóla, porque los húngaros ponen el nombre de pila al final. Muchos pueblos tienen calles con el nombre de Atila o de József Attila. Para cualquiera que venga de Europa occidental resulta bastante extraño, más o menos como ponerle a hijos y calles y plazas el nombre de Hitler. Desde luego, la cuestión es que el ganador se lo lleva todo: *nuestro* héroe conquistador es *vuestro* brutal opresor, hoy y siempre. Ahora que el héroe nacional de Mongolia, durante 70 años *persona non grata* bajo el comunismo, ha sido rehabilitado, los mongoles ponen a sus hijos de nombre Gengis. Los húngaros, que sufrieron brutalmente bajo las tropas mongolas en 1241, no lo hacen.

Atila nunca disfrutará en otra parte del respeto que le confieren en Hungría, pero merece que se le examine con más profundidad. Esto yo no puedo hacerlo de la forma en que habitualmente lo hacen los historiadores, examinando de nuevo los testimonios escritos, porque dichos testimonios escritos son difíciles de conseguir. Amiano Marcelino, el historiador griego del siglo IV de lo que ahora es Siria, cubrió una buena parte de los antecedentes; Jordanes, un goda sin instrucción que se convirtió al cristianismo, produjo una incoherente historia que necesitaba una profunda corrección; Prisco, más un burócrata que un historiador, de-

jó el único relato existente de Atila en su cuartel general. Después de éstos, sólo disponemos de unos pocos cronistas cristianos, más interesados en ver los caminos de Dios entre los hombres que en registrar los acontecimientos de forma objetiva. De los propios hunos: nada. Los hunos no escribían, de modo que todas las fuentes escritas proceden de extraños, ninguno de los cuales hablaba el huno, pocos de los cuales conocieron a los hunos de primera mano, y casi todos los cuales tendían a retratar sólo el peor lado de su tema. Lo mejor que puedo hacer es reclutar a arqueólogos, historiadores y antropólogos, y a un excepcional deportista, para añadirlos a las escasamente fiables fuentes primarias. Incluso así, intentar ver a Atila es como escrutar un antiguo y mugriento retrato a la luz de unas pocas velas.

Sin embargo, merece la pena intentarlo, porque estas llamas vacilantes revelan nuevas perspectivas y cierto drama de altura que nos ayudan a ir más allá del mito y el tópico. Atila permanece como un arquetipo de la opresión y el saqueo, de forma bastante justa, y poseía muchos de los rasgos comunes a los pseudo Atilas de la actualidad: él también era sinuoso, despiadado, a veces encantador pero nunca de confianza, bueno cuando encontraba obedientes hombres que cumplían sus órdenes, propenso al autoengaño, y afortunadamente, al final, autor de su propia destrucción. Pero en otros sentidos Atila fue uno de los grandes individuos originales de la historia. Nunca antes había irrumpido una fuerza semejante sobre Occidente desde el mundo de los jinetes nómadas. Nunca antes había habido semejante amenaza por parte de un solo dirigente, ni siquiera uno que fuese tan admirado por su propio pueblo y tan experto en convertir a sus enemigos en aliados; tampoco habría otro como él hasta la aparición del maestro estratega y constructor de imperios, Gengis Khan, 750 años después.

Al final, su alcance excedió con mucho su dominio. Realmente nunca habría podido hacerse cargo del imperio romano. Esto lo convierte en un fracasado a ojos de los his-

toridores, que tienden a verlo únicamente como un saqueador a gran escala, la expresión más extrema de la barbarie antiromana. Pero hay otras maneras de examinar su importancia histórica. Aunque los hunos desaparecieron de la faz de la tierra, su desaparición fue como la de la pólvora en una explosión social y política de la cual saldrían las naciones-estado de Europa. Todo ocurrió en un movimiento muy lento, a lo largo de siglos, y buena parte de ello habría sucedido de cualquier forma; pero a partir de la confusión posromana emergió un nuevo mundo que apenas conservaba algún resto de una de las principales causas de la explosión, salvo en la memoria. Algo enorme había desaparecido, y sólo quedaban sus ruinas; y desde entonces, las personas han buscado un punto focal para simplificar, explicar y dramatizar el cataclismo. Atila se ajusta al perfil perfectamente, encarnando varios papeles a la vez: una fuerza de cambio histórico; una personalidad que se montó a horcajadas sobre la mayor parte de Europa; el destructor definitivo; un azote divino de los pecadores cristianos, y siempre, para algunos, un héroe.

PRIMERA PARTE — LA AMENAZA

Capítulo 1

LA TORMENTA ANTES DEL TORBELLINO

En el año 376 noticias preocupantes llegaron al emperador Valens en Constantinopla. Valens, cosoberano junto con su hermano del imperio romano, estaba bastante acostumbrado a tener problemas en sus fronteras, pero jamás había habido nada como esto. Lejos, hacia el norte, más allá de los Balcanes, en las pantanosas riberas septentrionales del Danubio, se reunían millares de refugiados, desvalidos y hambrientos, que huían aterrorizados de sus granjas y aldeas, para no tener que enfrentarse a ¿qué? Apenas lo sabían; únicamente que, en palabras del historiador Amiano, «una raza de hombres hasta entonces desconocida había surgido de algún remoto rincón de la tierra, arrancando y destruyendo todo a su paso como un torbellino que descendiera de altas montañas».

Era una imagen adecuada. Estos extranjeros eran arqueros a caballo que se lanzaban a la batalla al galope, dando vueltas para arrojar una lluvia de flechas antes de batirse en retirada. Eran jinetes como jamás se habían visto antes, montaban como si estuviesen *clavados* a sus cabalgaduras, *fundidos* a sus sillas de montar —los escritores se esforzaban por hallar imágenes expresivas— de modo que hombre y montura parecían uno, como si los centauros de la Antigüedad hubiesen cobrado vida. Habían irrumpido procedentes de los vacíos de Asia interior, empujando a los residentes por delante de ellos cual si fuesen ganado. La «raza desconocida» tardaría varios años en aparecer en masa, bajo su más eficaz y devastador caudillo, pero ya su estallido a través de las estepas de la actual Rusia meridional y

Ucrania había desplazado a tribu contra tribu, la última de las cuales ahora clamaba en las orillas del Danubio. Algo había que darles.

La preocupación inmediata de Valens no era el ruido sordo de cascos extranjeros, sino la horda de refugiados. Eran godos, miembros de una inmensa tribu germánica que se había internado por Europa oriental y el sur de Rusia dos siglos atrás, y ahora se había dividido en una rama occidental y otra oriental. Estos primeros refugiados eran godos occidentales, conocidos como visi- («sabios») godos, en oposición a los ostro- («orientales») godos, quienes, como Valens pronto descubriría, les estaban pisando los talones a sus parientes lejanos.

Valens, frisando en los cincuenta y con doce años de gobierno a sus espaldas, conocía bien a los orgullosos e independientes visigodos, y tenía razones para tener cuidado con ellos y con su jefe Atanarico. Habían dejado de ser errantes y se habían asentado en lo que ahora es Rumania, pasando de nómadas a campesinos, de ser merodeadores a disciplinados enemigos. Treinta años antes, probablemente se habían convertido en aliados del imperio, habiendo sido sobornados como soldados de refuerzo para los ejércitos de Roma y Constantinopla. Pero no permanecieron en el mismo sitio, y hacía diez años el propio Valens había ido a la guerra con la intención de acorralarlos en su tierra natal. Las cosas no habían salido según los planes. Los godos podían ser vencidos en batalla, pero tenían la fastidiosa costumbre de esconderse en las montañas de Transilvania, y actuando como guerrillas eran imbatibles. Después de tres años en guerra, Valens —patizambo, barrigudo, con un ojo vago— necesitaba reforzar su inestable autoridad con una demostración de poder. Pero Atanarico dijo que le había hecho a su padre el terrible juramento de no poner nunca pie en suelo romano; así pues, en lugar de convocar a su oponente a discutir los términos, Valens tuvo que hablar de paz sobre una barca en medio del Danubio, como si